

UN DESAFÍO DIVINO

Volumen 6 – Sermón No. 322

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 22 DE ABRIL DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA DE NEW PARK STREET, SOUTHWARK**

“Jehová ha dicho así: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva”

Éxodo 8:1

En dos o tres ocasiones anteriores he tratado de insistir en el hecho de que Dios siempre establece una distinción entre Israel y Egipto. Constantemente habla de los israelitas como "mi pueblo", de los egipcios habla al Faraón como "tu pueblo". Hay una distinción continua y eterna observada en la Palabra de Dios entre la simiente escogida de la promesa y el mundo (los hijos del maligno). El gran objetivo de la intervención de Dios con Egipto, no era la bendición de Egipto en general, sino la reunión de Su Israel de en medio de los egipcios.

Amados, tengo la convicción de que esto es justo lo que Dios está haciendo con el mundo ahora. Tal vez, por muchos años, Dios reunirá a Sus elegidos de entre las naciones de la tierra como reunió a Su Israel de entre los egipcios. Puede que usted y yo no vivamos para ver ese reino universal, del cual cantamos tan alegremente esta mañana, pero el trigo será recogido en el granero, gavilla por gavilla, si no espiga por espiga. La cizaña se dejará madurar aquí, quizá hasta que llegue el día grande y terrible del Señor.

En todo caso, observando los signos de los tiempos, no vemos ningún progreso considerable en la evangelización del mundo. Egipto es Egipto todavía, el mundo es el mundo todavía, y tan mundano como siempre lo fue, y el propósito de Dios parece ser, a través del ministerio que ahora ejerce, sacar a sus elegidos. De hecho, la Palabra que Jehová está dirigiendo ahora al mundo entero con la solemne autoridad de un mandato imperial es ésta: "Así ha dicho Jehová: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva".

Será necesario, al dirigirnos a ustedes esta noche, recordarles la posición que los israelitas ocupaban en Egipto, pues es un tipo de la posición de todo el pueblo del Señor ante el Dios Altísimo, que con mano alta y brazo extendido los saca de su esclavitud. El pueblo del Señor es esclavo.

Aunque sus nombres están en Su libro, son esclavos, ocupados como el Israel de antaño en labores que saben más a cosas terrenales que celestiales, albañiles, que no construyen casas para sí mismos, pues no encuentran una ciudad donde habitar, sino que se afanan y trabajan aquí como siervos a regañadientes, pensando tal vez que recibirán un buen salario, pero no reciben salario alguno, excepto el látigo sobre sus hombros.

Todo hombre en su estado no renovado es un esclavo, incluso el pueblo de Dios es esclavo tanto como los demás, hasta que oiga la trompeta del jubileo, y por la Palabra y el poder de Dios sea sacado del lugar de su esclavitud. Recordemos que somos esclavos, esclavos de un poder que nunca podremos vencer con nuestras propias fuerzas.

Si todos los habitantes de Gosén, me refiero a los israelitas, hubieran concertado medidas para rebelarse contra el faraón y hubieran dicho: "Seremos libres", en pocas horas el tremendo poder de ese gran monarca de Egipto habría aplastado la última chispa de esperanza. Con su terrible ejército, sus caballos y sus carros, el pueblo de Israel pronto habría sido entregado a los perros. No tenían ninguna esperanza en el mundo de liberarse por su propio poder. Tampoco la tenemos nosotros, amados. Por naturaleza somos esclavos de aquel que es infinitamente nuestro superior, es decir, de Satanás y de todas sus huestes de pecado.

A veces podemos tratar de romper el grillete cuando un agitado arrebatado de salud se apodera de nuestra mejilla, pero, oh, podemos hacer que los grilletes rechinen en nuestra carne, pero no podemos romperlos. Incluso a veces podemos pensar que somos libres, y hablar de libertad, pero nuestro caminar es un caminar dentro de una prisión, y nuestra aparente libertad no es más que un engaño más profundo de esclavitud. Los hombres pueden decirnos que seamos libres, pero no pueden hacer que lo seamos, pueden utilizar los mejores medios que puedan, por educación, por entrenamiento, por persuasión, pero estos grilletes no deben ser limados por ningún instrumento tan débil.

Los ministros de Dios pueden exhortarnos continuamente a que rompamos nuestros grilletes, pero ¡ay! no está en nuestro poder hacer lo que, sin embargo, es su deber ordenarnos que hagamos. Somos tan esclavos, que a menos que uno más poderoso que nosotros mismos, y uno más poderoso que Satanás, venga en nuestra ayuda, debemos continuar en la tierra de esclavitud, en la casa de nuestro pecado y de nuestra aflicción.

Tampoco podemos esperar redimirnos con dinero. Si los hijos de Israel hubieran dado todo lo que tenían, eran tan pobres que no habrían podido rescatar sus propios cuerpos. Los pobres fabricantes de ladrillos no podían comprarse a sí mismos a sus amos, el menor pensamiento de tal cosa habría hecho caer el látigo con una furia diez veces mayor sobre sus pobres hombros sangrantes.

Y así, tú y yo podemos pensar que podemos comprar nuestra libertad con nuestras buenas obras, pero el resultado de todas nuestras ofertas de compra será hacernos sentir el látigo aún más. Puedes ir y esforzarte, y pensar que has reunido algo que puede ser aceptable a los ojos de tu capataz, pero cuando lo hayas hecho todo, él te dirá que eres un siervo inútil, te ordenará trabajos aún más duros, te hará sentir una dureza aún mayor en tu prisión, porque no puedes escapar por esos medios.

Realmente, aparte de Dios, la visión de la humanidad que se da en las Escrituras, es el cuadro más deplorable que incluso el propio desaliento podría pintar.

¡Ah! los hombres hablan de algunos restos de bien que quedan en la humanidad, de algunos destellos de fuego divino, y cosas semejantes, pero la Biblia no dice eso. Expresa, en sus solemnes palabras, el significado de ese himno, que comienza...

***"Cuán indefensa yace la naturaleza culpable,
inconsciente de su carga;
el corazón no bendito nunca puede elevarse,
a la felicidad y a Dios".***

La esclavitud de Israel en Egipto era una esclavitud sin esperanza, no podían liberarse a menos que Dios interviniera y obrara milagros en su favor. Y la esclavitud del pecador a su pecado es igualmente desesperada, nunca podría ser libre, a menos que una mente que es infinitamente más grande que él pueda disponerse a venir en su ayuda y asistencia. Qué bendita circunstancia es entonces, para esos pobres hijos escogidos de Dios, que todavía están en esclavitud, que el Señor tiene poder para decir, y luego poder para llevar a cabo lo que ha dicho: "Así ha dicho Jehová: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva".

Habiendo introducido así mi tema, mostrándoles la condición indefensa del pueblo de Dios por naturaleza, y la absoluta imposibilidad de que alguna vez se liberen por sí mismos, permítanme sólo observar que hoy Dios está diciendo, diciendo en Su propio decreto, diciendo por providencia, y diciendo a través de los labios de Sus fieles ministros, aquella sentencia liberadora que en otro tiempo hizo que Faraón aflojara su garra, e hizo que la tierra de Egipto soltara a sus cautivos: "Así ha dicho Jehová: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva".

Me detendré en esta frase liberadora esta noche, a medida que Dios me dé fuerzas, sólo de esta manera. Primero me fijaré en la plenitud de la frase, luego en la justicia de la sentencia, después en su repetición y, por último, en la Omnipotencia que se oculta en ella.

I. En primer lugar, *la plenitud de la sentencia.*

"Así ha dicho Jehová: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva". No dudo sino de que hay algunos del pueblo de Dios aquí esta noche, que no tienen la menor idea de que son Su pueblo. Tal vez son esclavos de la embriaguez, esclavos de toda pasión mala, sin embargo, siendo comprados por la sangre de Cristo, sus nombres están en Su libro, y deben, y serán salvos.

Piensen tal vez, que nunca, nunca podrán serlo, incluso puede suceder que no tengan ningún deseo de serlo, pero Israel saldrá de Egipto, aunque Israel ame las ollas de carne, el ajo y el pepino, Israel será liberado por la fuerza y por el poder, aunque el mismo Israel ciegamente imagina que está en paz, y tranquilo en la tierra del enemigo, es decir, Dios tendrá su propio pueblo.

Aunque estén contentos en su pecado, aunque no tengan ninguna voluntad hacia Él, sin embargo, Él vendrá y los hará descontentos con sus pecados, Él cambiará sus voluntades, cambiará la inclinación de sus corazones, y aquellos que una vez despreciaron a Dios, con libre consentimiento, en contra de su inclinación natural, serán llevados cautivos a las ruedas de Su gracia soberana. Dios no sólo salva a los que están dispuestos a ser salvos, sino que puede hacer dispuestos a los que no están dispuestos a ser salvos en el día de Su poder.

Ha habido muchos casos de eso en esta casa de oración. Los hombres han venido aquí meramente por curiosidad, para reírse, para hacer bromas y divertirse, pero Dios ha tenido Su tiempo, y cuando ese tiempo ha llegado: "Así ha dicho Jehová: Dejad ir libre a mi pueblo", se han ido libres, han sido salvados, sus grilletes que llevaban puestos inconscientemente antes, han comenzado a rallar en su alma, a comer su carne, y entonces han buscado misericordia, y sus grilletes se han caído, y se han ido libres.

Pues bien, aunque me he alejado de lo que iba a decir, llego de nuevo a este punto: la plenitud de la sentencia divina: "Dejad en libertad a mi pueblo". Si se fijan, no dice: "Déjenlos tener libertad parcial. Que descansen dos o tres días de su trabajo". No, sino "Déjalos ir libres", libres del todo. La demanda de Dios no es que Su pueblo tenga un poco de libertad, un poco de descanso en su pecado, no, sino que salgan directamente de Egipto, y que vayan a través del desierto a Canaán.

La demanda no fue hecha al Faraón: "Haz sus tareas menos pesadas, haz el látigo menos cruel, pon sobre ellos capataces más amables". No, sino "Déjalos libres". Cristo no vino al mundo simplemente para hacer nuestro pecado más tolerable, sino para librarnos de él. No vino para hacer el infierno menos ardiente, o el pecado menos condenable, o nuestras lujurias menos poderosas, sino para poner todas estas cosas lejos de Su pueblo, y obrar una liberación plena y completa.

Tal vez el Faraón hubiera dicho al final: "Bueno, tendrán amos bondadosos, se les acortarán las tareas, se les dará la paja con que hacer sus ladrillos". Ay, pero diablo, ¡esto no servirá! Tú puedes consentirlo, pero Dios nunca lo hará. Cristo no viene para hacer a las personas menos pecadoras, sino para hacerlas dejar el pecado por completo; no para hacerlas menos miserables, sino para poner fin a sus miserias, y darles gozo y paz al creer en Él. La liberación debe ser completa, o de lo contrario no habrá liberación en absoluto.

Nuevamente, notarán, dice: "Deja ir a mi pueblo". No dice nada acerca de su regreso nuevamente. Una vez que se han ido, se han ido para siempre. Faraón pensó que los dejaría ir dos o tres días de viaje, sin embargo, nunca volvieron a Egipto de nuevo, atravesaron el desierto cuarenta años hasta la Tierra Prometida, y ningún egipcio pudo hacerlos regresar. Egipto salió con toda su caballería para alcanzarlos, pero perecieron en el Mar Rojo, e Israel pasó como por tierra seca y fue bendecido por Dios.

Aquella sentencia que dijo de mí: "Dejad libre a mi hijo", me dio la libertad eterna, no la libertad para ayer, y hoy, y mañana, sino la libertad para siempre jamás.

Usted sabe que cuando los esclavos negros huyen de los Estados del Sur y llegan al Norte son libres, pero aun así el cazador de hombres pronto les seguirá la pista, y pueden ser llevados de vuelta a sus amos. Sí, pero usted y yo somos como el esclavo cuando llega a Canadá. Cuando pisa suelo británico y respira el aire inglés, en ese momento es libre. Una vez traspasada la corriente que separa la tierra de los esclavos de la tierra de la libertad, pisa un suelo que no puede ser manchado por el pie del esclavo, respira un aire que nunca fue recibido en pulmones que aún estaban esclavizados. Él es libre, y nosotros también.

No vamos a estados esclavistas donde el diablo tiene una ley de fugitivos para cazarnos de nuevo, sino a estados donde somos totalmente libres. No nos queda ni un grillete, no tenemos una cadena en la muñeca con la mitad de ella limada, sino que somos libres, los hombres libres de Dios, y Satanás no tiene ninguna pretensión, ningún derecho, es más, ningún poder, para esclavizarnos nunca más. "Así ha dicho Jehová: Dejad ir a mi pueblo, para que me sirva". Es una gran demanda porque es una demanda que requiere libertad completa, y esa libertad perpetua también.

Pero me parece oír a alguien decir: "Bueno, todavía no he entrado en la plenitud de esa sentencia". No, hermano, yo tampoco he entrado todavía en la plenitud de ella, aunque sí en parte de su dulzura. Debes saber que esta liberación es a menudo gradual en nuestra propia experiencia, aunque es eficaz e instantánea en la mente de Dios.

Hubo un tiempo, y permítanme hablarles a ustedes, a quienes puedo hablarles, cuya experiencia concordará con lo que expreso, en que nacieron esclavos de la dureza de corazón. Despreciaban a Dios, la religión era un trabajo pesado para ustedes; de hecho, nunca ejercitaron su mente o su voluntad con ella. Pues bien, llegó un momento en que el Señor dijo: "Liberen a mi pueblo", y ustedes comenzaron a pensar, su corazón comenzó a derretirse, gimieron bajo la carga del pecado, comenzaron a clamar a Dios, fueron liberados entonces de la dureza de su corazón y fueron libres.

Pero aun así el pecado te atormentaba, tu culpa te acompañaba cada día como tu propia sombra, y como un sombrío chambelán, con los dedos ensangrentados, corría tus cortinas cada noche, y ponía su dedo sobre tu párpado, como para aplastar la oscuridad en tu mismo corazón, pero llegó el día en que, de pie al pie de la cruz, viste tus pecados expiados, "contados sobre la cabeza del antiguo chivo expiatorio", sentiste que la carga se te quitaba de encima, quedaste libre de tus pecados pasados, y pudiste regocijarte en la más gloriosa libertad.

Pero luego, después de una temporada, saliste al mundo, y sentiste que "cuando querías hacer el bien, el mal estaba presente contigo". Encontraste cómo querer, pero no cómo hacer. Bien, has tenido una liberación parcial de eso, ya que una mala pasión ha sido vencida y una virtud ha sido aprendida, has logrado un triunfo sobre un mal hábito, y una victoria sobre otro mal carácter.

La sentencia ha continuado: "Así dice Jehová, deja ir a mi pueblo", y recuerda que se acerca el día en que yacerás moribundo. Sí, pero entonces empezarás a vivir, se oirá una voz que hablará junto a tu cabecera de muerte diciendo: "Soltadle y dejadle ir". Comprenderás lo que eso significa, y en un momento, desatado de todo grillete, como Lázaro cuando le quitaron el sudario de la cabeza y la ropa de sepultura de los pies, te levantarás perfectamente libre, no habrá sombra de esclavitud en ti.

Volarás al cielo y caminarás por sus calles libres y felices, y nunca más dirás: "Oh, miserable de mí, ¿quién me libraré del cuerpo de esta muerte?". Digo, por lo tanto, que no conocemos en toda su plenitud el significado de este pasaje experimentalmente, sin embargo es todo nuestro, y debemos recibirlo todo por fe, como siendo nuestra preciosa bendición. Dios ha dicho al pecado, a Satanás, a la muerte, al infierno, a las dudas, a los temores, a los malos hábitos, e incluso a la tumba misma: "Deja ir a mi pueblo, para que me sirva".

II. Hasta aquí, pues, la plenitud de la exigencia; ahora me fijaré, en segundo lugar, en la *justicia de la misma*.

El Señor tenía perfecto derecho a decir al Faraón: "Deja libre a mi pueblo". ¡Déspota tiránico! ¿Qué derecho tenía a esclavizar a una nación libre? Bajaron allí por invitación de su predecesor. ¿No invitó el faraón a Jacob y a su familia a bajar a la tierra de Gosén? Nunca se estipuló que fueran hechos esclavos. Era una violación del pacto nacional que el Faraón exigiera trabajo a los israelitas nacidos libres. Si hubieran sido lo suficientemente valientes y fuertes, deberían haber resistido los avances de su tiranía.

No eran el pueblo del faraón, el faraón nunca los había elegido, nunca los había llevado a donde estaban. No había luchado con ellos ni los había vencido. No eran cautivos de guerra, ni habitaban en un territorio que fuera botín de un conflicto justo. Eran huéspedes, huéspedes de honor, invitados a venir y habitar en una tierra que ellos mismos enriquecieron y bendijeron por medio de su representante José. No era justo entonces que estuvieran en esclavitud, no había ningún derecho por parte del faraón. El derecho correspondía exclusivamente a Dios.

Ustedes notan la rectitud de la demanda concentrada en esa pequeña palabra "mi": "Deja que *mi* pueblo sea libre. Deja que los tuyos te besen los pies si quieren, hazles cavar canales y construir pirámides si quieres, pues yo no interfiero con ellos, pero a mi pueblo, déjalo libre. No tienes derecho a su trabajo no remunerado. No tienen derecho a soportar esta cruel servidumbre. "Deja libre a mi pueblo".

¿Ves el paralelismo en nuestro caso? La Palabra de Dios es Su propio mandato celestial. La voz de la justicia, y de la piedad, y de la misericordia, grita a la muerte, y al infierno, y al pecado: "Deja libre a mi pueblo; Satanás, quédate con los tuyos si quieres, pero deja libre a mi pueblo, porque es mío. Este pueblo he creado para Mí, ellos mostrarán Mí alabanza. Deja ir libre a Mí pueblo, porque Yo lo he comprado con Mi preciosa sangre. Tú no lo has comprado, ni lo has hecho, no tienes derecho a él. Deja ir libre a Mí pueblo".

Todo esto es nuestro consuelo acerca de los pobres pecadores, y esperamos que algunos de ellos, aunque no lo sepan, sean pueblo de Dios. No deben imaginarse que cuando oigan a un hombre jurar, o cuando siga en el pecado, no deben anotar su nombre en el libro negro y decir: "estoy completamente seguro de que ese hombre se irá con el diablo". No, puede ser que Dios ordene salvar a ese hombre, y que uno de estos días lo encuentres alzando su voz en oración, aventajándote tal vez en la carrera celestial, y sirviendo a su Señor mejor de lo que tú lo has hecho.

Jesucristo acoge en su seno a muchos cuya compañía habríamos rehuido cuando se encontraban en su mal estado. La misericordia soberana puede lanzarse al cuadrilátero y hacer cautivos. La gracia gratuita puede ir a la cuneta y sacar una joya. El amor divino puede rastrillar un estercolero y encontrar un diamante. No hay lugar donde la gracia no pueda y no quiera ir.

Esto decimos que es nuestra gran esperanza cuando tenemos una congregación ante nosotros, no una esperanza de que estén dispuestos, de que estén atentos en sí mismos, de que presten atención a lo que decimos, sino que nuestra esperanza es ésta: "Sin duda Dios tiene mucho pueblo en esta ciudad, y habiendo Dios traído a algunos de éstos bajo el sonido de Su Palabra, tenemos la esperanza de que muchos son Sus escogidos, y Dios los tendrá".

Confío en que nunca alberguemos una duda sino que Dios tendrá a los Suyos, y que Cristo dirá, como les predicamos esta mañana: "Ni una pezuña quedará atrás". "Serán míos, dice Jehová"; "son míos ahora, y 'serán míos... en aquel día en que yo actúe". Por perdidos que estén los elegidos de Dios, nunca pertenecieron a Satanás. Estaban perdidos, pero eso no significa que pertenezcan a quien los encuentra.

Una cosa puede perderse, pero sigue siendo mía cuando la he perdido, es decir, tengo derecho a ella y cualquier hombre que la encuentre y se apropie de ella no tiene derecho a hacerlo. Si dejo un pedazo de tierra teniendo derecho a él, y otro toma posesión por un tiempo, si yo tengo los títulos de propiedad, haré que lo desalojen, y tomará mi propiedad. El Señor tiene los títulos de propiedad de algunos de ustedes, aunque el diablo tiene posesión de ustedes. Satanás os gobierna con vara de hierro, y os hace sus cautivos y siervos voluntarios, pero mi Señor es rival para vuestro señor.

Ha habido un gran duelo librado entre la vida y la muerte por ti, y la vida ha ganado la victoria, y la libre gracia reclama el premio, y ese premio la libre gracia lo tendrá, y tu pobre alma culpable será todavía puesta como un sello en la mano de Jehová, y brillará como una joya en la corona de Jehová.

Oh, cómo me deleita hablar de esta omnipotencia de la gracia, de esa gracia que no se demora por los hijos de los hombres, que no se detiene, sino que cabalga triunfante, y lleva cautiva a la cautividad misma. Oh, qué gozo es pensar que no tenemos que esperar en el hombre, que no depende del hombre si debe pertenecer a Cristo o no. Si Cristo ha comprado a ese hombre, si el Padre ha ordenado que sea de Cristo, entonces ese hombre será de Cristo.

Amurallaos con prejuicios, pero Cristo escalará vuestras murallas. Apilad vuestros muros, levantad las grandes piedras de vuestra iniquidad, pero Cristo aún tomará vuestra ciudadela y os hará cautivos. Sumérjanse en el fango si quieren, pero ese brazo fuerte puede sacarlos y lavarlos.

Te veo torcer los labios y decir: "Nunca seré metodista. Nunca haré profesión de religión". No lo sé, señor. Muchos han dicho lo mismo que usted está diciendo, y sin embargo han sido derribados, y si Cristo quiere, Él puede derribarlo a usted todavía, señor.

No hay fuerza suficiente en el pecado para vencer Su gracia. Cuando Él extiende Su brazo, tú caes. Deja que Él te golpee una sola vez, y podrás permanecer de pie y rebelarte, pero la victoria es Suya. Tú puedes querer ser condenado, pero si Él quiere salvarte, Su voluntad será más que un rival para tu voluntad, y vendrás postrado a Sus pies, diciendo: "Señor, quiero que me salves". Entonces creo que Él dirá esto, "¿Cómo es que no estabas dispuesto hace un momento? ¿Cómo es que ahora estás dispuesto?" "Oh Señor, Tú me has hecho dispuesto, y a Ti sea toda la gloria por los siglos de los siglos".

Entonces, no necesitamos decir más, pienso en lo correcto de esta sentencia de Dios. Ellos son Su pueblo, son Su pueblo comprado con sangre. Él los creó para Sí, y no es ni más ni menos que correcto que Dios diga: "Así ha dicho Jehová: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva".

III. Permítanme ahora llamar su atención sobre **la repetición de esta frase.**

Acabo de leer detenidamente estos primeros capítulos del Éxodo, y no estoy muy seguro de cuántas veces aparece esta frase, pero sé que se repite unas cinco o seis veces. La primera vez, Moisés dice: "Así ha dicho Jehová, el Señor Dios de Israel: Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto". La segunda vez, dice: "Deja ir a mi pueblo, para que me sirva". Unas cinco o seis veces fue Moisés a Faraón.

La primera vez que lo dijo, el faraón se rió en su cara. "Eres un holgazán", le dijo, "eres un holgazán. No te gusta fabricar ladrillos. Quieres ir a servir a tu Dios para tener unas vacaciones ociosas. Ve a tus tareas, los capataces tienen que hacer el trabajo un poco más riguroso. ¿Qué te importa la religión? Sigue con tus ladrillos".

Ahora, así es como el mundano se burla de ti, cuando por primera vez esa frase viene a su cabeza. "Tu religión", dice, "¡tu religión! Ve a tu tienda, baja las persianas un domingo, y mira si no puedes ganarte la vida honradamente. Sigue con tus ladrillos. ¿Qué te importa hablar de festejos ante Dios en el desierto? Todo es romanticismo". Y ustedes saben, oímos a los mundanos decirnos a nosotros, pobres cristianos, que no sabemos lo que es la vida real. De seguro no sabemos... "la vida real".

Bueno, cuando la carroña pútrida es la representación de la vida real, podemos estar bastante contentos con nuestra ignorancia. Vano espectáculo, vana inquietud, vana pregunta, tal era el cuadro del salmista. Esa es la vida real del mundo, pero queremos una vida mejor que esa, una vida más verdadera y real también, aunque el mundo la desprecie. Fabricar ladrillos, fabricar ladrillos, fabricar ladrillos: ese es el gozo del Faraón, y lo mismo le sucede al pecador antes de ser renovado: fabricar dinero, fabricar tierra, amontonar ladrillos para construirse una fortuna.

¡Oh! ¿no se vuelven estos tipos y nos miran con supremo desprecio a nosotros, pobres hombres, que pensamos que la eternidad es mejor que el tiempo, que Dios es mejor que el diablo, que la santidad es mejor que el pecado, que los placeres del cielo son mejores que las pobres pompas y vanidades de este mundo? Simplones como éstos mirarán hacia abajo y dirán: "Pobre hombre, no sabe más". Ellos, en verdad, son los hombres racionales, los hombres intelectuales, ellos son, de hecho, el rey Faraón. Eso es lo primero, el Faraón suelta una carcajada, una carcajada ronca: "¿Dejar libre a mi pueblo?".

Ay, pero vendrá un golpe en tu cara que te hará reír de otra manera dentro de poco. Tú con otros te unirás en llanto, lamento, y lágrimas, y tú con toda tu caballerosidad te hundirás en las aguas, como plomo te hundirás, y el Mar Rojo te devorará.

Moisés se dirige de nuevo al Faraón y le dice: "Así dice Yahveh: deja ir a mi pueblo para que me sirva". Y en un momento el soberbio monarca dice "dejará ir a algunos, en otro momento los dejará ir a todos, pero deben dejar atrás su ganado". Se aferrará a algo, si no puede tenerlo todo, tendrá una parte.

Es asombroso lo contento que está el diablo si sólo puede mordisquear el corazón de un hombre. No importa si se lo traga entero, sólo déjenlo mordisquear y estará contento. Que muerda sólo los extremos y se dará por satisfecho, pues es lo suficientemente sabio como para saber que si una serpiente tiene sólo una pulgada de carne desnuda para morder, envenenará todo.

Cuando Satanás no puede meter un gran pecado, dejará entrar uno pequeño, como el ladrón que va y encuentra las contraventanas cubiertas de hierro y cerradas por dentro. Por fin ve una ventanita de un cuarto. Como no puede entrar, mete a un niño para que dé la vuelta y abra la puerta de atrás. Así que el diablo siempre tiene sus pequeños pecados para llevar con él para ir y abrir las puertas traseras para él, y dejamos entrar a uno y decimos: "Oh, es sólo un pequeño". Ay, pero ¡cómo ese pequeño se convierte en la ruina de todo el hombre! Cuidémonos que el diablo no consiga un punto de apoyo, porque si él consigue solamente un punto de apoyo, él conseguirá que su cuerpo entero esté dentro y seremos vencidos.

Obsérvese ahora que, como Faraón no quería entregar al pueblo, la sentencia tuvo que repetirse una y otra vez, hasta que por fin Dios no la soportó más y descargó sobre él un golpe tremendo. Hirió al primogénito de Egipto, el jefe de toda su fuerza, y luego sacó a Su pueblo como ovejas por las manos de Moisés y Aarón.

Del mismo modo, amigos y hermanos, esta sentencia de Dios ha de repetirse muchas veces en vuestra experiencia y en la mía.

Así ha dicho Jehová: "Sea libre mi pueblo"; y si aún no sois libres del todo, no desesperéis, Dios repetirá esa sentencia hasta que al fin salgáis con plata y oro, y que no haya un pensamiento débil en toda vuestra alma, saldréis con alegría y gozo, entraréis al fin en Canaán, allá arriba donde Su trono resplandece ahora con luz gloriosa, que los ojos de los ángeles no pueden soportar.

No es de extrañar, pues, que si ha de repetirse en nuestra experiencia, la iglesia de Cristo deba seguir repitiéndolo en el mundo como mensaje de Dios. Id, Misioneros, a la India, y decid a Juggernaut, y a Kalee, y a Brahma, y a Vishnu: "Así dice el Señor, dejad libre a mi pueblo". Id, siervos del Señor, a China, hablad a los seguidores de Confucio y decid: "Así dice el Señor, dejad libre a mi pueblo". Id también a las puertas de la ciudad ramera: Roma, y decid: "Así dice Jehová, dejad ir a mi pueblo para que me sirva." No pienses que aunque mueras, tu mensaje morirá contigo. A Moisés le corresponde decir: "Así dice Jehová", y si es expulsado de la vista del faraón, el "Así dice Jehová" sigue en pie, aunque caiga su siervo.

Sí, hermanos y hermanas, toda la iglesia debe seguir a través de todas las épocas, clamando: "Así dice Jehová, deja ir a mi pueblo". Debemos seguir enviando a nuestros misioneros a tierras como Madagascar, donde el pueblo de Dios es alanceado por centenares, y ellos deben decir a la reina altiva: "Así dice Jehová, deja ir a mi pueblo." Debemos seguir enviando a nuestros Livingstones y a nuestros Moffats por todos los desiertos de África...

***"A través de sus fértiles llanuras,
donde reina la superstición,
y ata al hombre con cadenas".***

Y deben seguir diciendo: "Así dice Jehová, deja ir a mi pueblo". Nuestros hermanos deben continuar en los teatros y en las calles, en la carretera y en el camino, clamando, no con tantas palabras, sino con los hechos: "Así dice Jehová, deja ir a mi pueblo, para que me sirva", y será un tiempo feliz para la iglesia, cuando cada ministro sienta que es enviado de Dios, y cuando hable como Moisés, consciente de la autoridad divina, mire al pecado, y al mal, y al error a la cara y diga: "Así dice Jehová, deja ir a mi pueblo".

Cuando se nos llama a protestar contra un error, a veces nos decepcionamos, porque la gente no está de acuerdo con nosotros. Muy bien, muy bien, pero cuando hemos protestado, lo hemos hecho todo. No era para convencer a los egipcios, sino para constreñirlos: "Así ha dicho Jehová: Deja ir a mi pueblo".

Cuando hay una pretendida iglesia de Cristo, en la que se predica el error, el ministro cristiano está obligado a señalar fielmente el error, confiado en que el pueblo de Dios oirá la voz de advertencia y saldrá de Babilonia, y en cuanto al resto, deben permanecer donde están, porque el mandato es para aquellos a quienes concierne, aquellos en quienes el Señor tiene interés, el pueblo que es Su "porción" para ir.

IV. Ahora, mi último punto, que debe ser breve, ya que el tiempo y las fuerzas me faltan por igual, es éste: **la Omnipotencia del mandato**: "Así ha dicho Jehová: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva".

"Nunca se irán", dice el faraón, y sus consejeros dicen: "Sí, así sea, oh rey, nunca se irán de esta tierra". "Por mi padre juro", dice el rey de Egipto, "que serán mis esclavos para siempre". "Atrás, atrás, hijos de los pastores hebreos, a vuestros ladrillos y a vuestro barro. No os atreváis a permanecer ante el hijo del faraón y ordenarle. Vuelvo a jurar por los huesos de mi padre que nunca saldrás libre". ¡He aquí que los ríos de Egipto corren con sangre! No hay peces en Egipto que se puedan encontrar en toda la tierra, y los egipcios detestan beber las aguas del río que una vez adoraron, porque está lleno de sangre.

Ahora, vienen estos dos molestos hombres una vez más ante Faraón: "Así dice Jehová, Dios de los hebreos: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva". El rey se detiene un minuto, su alma altiva cede. "Podéis servir a Dios en la tierra", dice, "pero no saldréis de la tierra. Podréis descansar tres días y servir a vuestro Dios". "No", dice Moisés, "no podemos servir a Dios en la tierra de vuestras abominaciones, y seríamos una abominación tanto para vosotros como vosotros para nosotros. Debemos irnos".

Entonces el rey les dice que se vayan, que pueden irse. Celebra un consejo de sabios, y deciden que mientras les quede aliento, nunca perderán su derecho sobre aquellos esclavos que tanto tiempo les han servido y construido ciudades tan poderosas.

Sí, Faraón, pero Dios es más poderoso que tú. Abre de par en par tus puertas, Tebas de las cien puertas, y envía a tus miríadas de hombres armados que pululan como langostas en un día de verano. Subid como enjambres de ranas del viejo Nilo, subid contra ellos y os quebrantarán, seréis como vasijas de alfarero ante ellos, pues Sus redimidos deben salir y saldrán libres.

Y ahora me presento esta noche ante muchos de ustedes en la posición del antiguo hijo de Amram, y es mi asunto, y el de todos los ministros de Dios, clamar a Satanás, al pecado, a Roma, al mahometismo, a la idolatría, a todo mal: "Así ha dicho Jehová: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva". Oímos la risa ronca, escuchamos el clamor de los reyes de la tierra cuando se levantan y los gobernantes toman consejo juntos.

¿Veis a los sacerdotes con sus artimañas traicioneras, los hijos de Belial, tramando ahora en la oscuridad para destruirnos? Ay, pero podéis seguir adelante para ser despedazados, podéis seguir adelante como el mar, pero la roca se mantiene firme y os despedazará, y os enviará de vuelta, y sabréis que hay un Dios que es más grande que todos vosotros. Así como todo Israel salió, a pesar de la determinación del Faraón, así se salvarán todos los elegidos de Dios, a pesar del poder de Satanás, de los hombres malos, de los falsos sacerdotes y de los falsos profetas. Así dice Jehová: "Deja ir a mi pueblo", y deben ir y lo harán.

Y ahora, mis queridos oyentes, ¿han oído alguna vez la voz de Dios que habla en sus corazones: "Deja ir a mi pueblo"? Hay algunos aquí esta noche que nunca han sido hechos libres; es más, lo que es peor que eso, piensan que son libres mientras que son esclavos del pecado. Ustedes piensan que son libres, pero esta es la peor parte de su esclavitud. Sueñas que eres salvo mientras estás parado sobre la boca del infierno, y esta es la peor parte de tu peligro, que piensas que eres salvo.

Ah, pobres almas, pobres almas, en vuestras doradas esclavitudes yendo a la cervecería y a la taberna, al asiento de los escarnecedores, bebiendo el pecado como el buey bebe el agua, el pensamiento comienza dentro de mí: "bien, habrá un fin para todo eso, ¿y qué harán cuando llegue el fin?". Cuando sus cabellos encanezcan y sus cuerpos se debiliten, cuando se acerquen a la tumba, ¿qué harán entonces por ustedes sus placeres mundanos?

Hubo un joven que murió no hace mucho de extrema vejez. No me estoy contradiciendo: ese joven murió de extrema vejez hace algún tiempo, a la edad de veintiséis años. Había pecado hasta la tumba y hasta el infierno en un curso de libertinaje y pecado.

Tal vez no seas un pecador tan rápido como ése, sino que estás ingiriendo el veneno en grados más lentos. Pero, ¿qué harás cuando el veneno comience a obrar, cuando el pecado comience a arrancar el núcleo de tu espíritu, cuando la espuma haya sido barrida de tu copa, y hayas bebido la primera dulzura de la copa, y comiences a probar su última gota, sí, cuando estés muriendo querrás dejar esa copa, pero habrá una mano maligna que la acercará a tu boca y dirá: "No, no, has bebido lo dulce, y ahora debes beber lo amargo". Aunque haya condenación en cada gota, debes beber hasta la última gota de esa copa que has comenzado a beber ahora.

Oh, por el amor de Dios, derríbalo y acaba con él. "Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos". Aún hay esperanza, aún hay misericordia. El pecado es un Faraón, pero Jehová es Dios. Tus pecados son duros, no puedes vencerlos por ti mismo, pero Dios puede. Él puede vencerlos por ti.

Todavía hay esperanza, deja que esa esperanza te despierte a la acción. Dile a tu alma esta noche: "No estoy en el infierno, aunque podría haberlo estado. Todavía estoy en tierra de oración y de súplica, y ahora, con la ayuda de Dios, comenzaré a pensar". Y cuando comiences a pensar comenzarás a ser bendecido. Hay más almas perdidas por la irreflexión que por cualquier otra cosa.

Si quieres ir al cielo, hay muchas cosas en que pensar, si quieres ir al infierno es la cosa más fácil del mundo. Puedes ir y jurar y beber lo que quieras, es sólo un pequeño asunto de negligencia para destruir tu alma. "¿Cómo escaparemos si descuidamos una salvación tan grande?"

Pues bien, si se ponen a pensar, permítanme proponerles esto. El camino de la salvación está trazado ante sus ojos esta noche. El que crea en el Señor Jesucristo será salvo. Creer es confiar. Confía en Él, que cuelga del madero, y serás salvo. Tal como eres, culpable, indefenso, débil y arruinado, entrega tu alma a Cristo.

Ah, mientras te aconsejo de este modo, me parece oír la voz detrás de mí que dice: "Siervo mío, tú hablas según mi voluntad y placer, pues yo también digo en el corazón de tus oyentes: 'Vete libre', yo también grito a sus enemigos: 'Así dice Jehová, deja ir a mi pueblo'".

Así sea, buen Señor, y que mi voz no sea sino como la Tuya. Levántense, esclavos de Satanás, y sean libres, rompan sus ataduras y sean liberados. Jesús viene a rescataros. Su brazo es fuerte y Su corazón tierno. Confiad en Él y sed libres. Oh, que Dios os conceda la gracia de ser libres ahora y encontrarle a Él, a quien encontrar es encontrar la vida eterna.